la búsqueda del mito

Por Hernán Lara Zavala

A los lectores les resulta interesante conocer el desarrollo y transformación del artista a través de su obra. Su interés se refuerza cuando el escritor persigue un tema que, al mismo tiempo, es un eje sobre el cual gira la creación artística y un elemento que evita los arquetipos; es decir, gracias a esta capacidad, el autor logra en cada nueva novela una visión diferente del problema o problemas que lo apasionen.

Y esto es precisamente lo que viene haciendo Juan García Ponce en sus novelas, en las cuales predomina un único y obsesionante tema: la búsqueda del amor; tema mediante el cual ha hecho que su obra narrativa contribuya a un conjunto uniforme y homogéneo. De esta manera, si en *Figura de paja,* su primera novela, apenas si nos situaba en ese ambiente de búsqueda, en *La casa en la playa* y *La presencia lejana* posee ya un medio, un sentido, una herramienta que García Ponce usa plenamente en *La cabaña*: el mito.

Pero el sólo uso de la palabra *mito* nos plantea un problema de lenguaje y de concepto, debido a que ha rebasado sus propios límites. En el lenguaje común la palabra ha tomado las más diversas acepciones. Su significado va desde fábula alegórica hasta el del sustantivo que indica engaño o farsa. Pero no es el concepto linguístico el que nos interesa, sino el literario. El mito, en literatura, posee un profundo significado. Así lo han demostrado aquellos escritores que se han referido a él, como Nietzche, Melville, Faulkner, D. H. Lawrence o D'Annunzio.

El mito es un proceso mediante el cual supeditamos la realidad, lo cotidiano, a algo que puede ser mágico, sagrado o poético. Este cambio se produce gracias a que hay un suceso que altera significativamente los hechos comunes. Cesare Pavese, escritor que el mismo García Ponce admira profundamente, ilustra el concepto del mito preguntándose qué es lo que diferencia a un monte sagrado de las demás colinas: "Santuario —dice Pavese— es un lugar donde un día ocurrió una manifestación, una revelación de lo divino; el único entre todos, donde el fiel participa de algún modo con la presencia, con el contacto, con la vista, en la unicidad de aquella revelación; la cual se multiplica en tiempo, justamente porque sucede la primera vez fuera de él, y por eso funda la realidad mítica del monte."

Con esta interpretación, Pavese fundamenta la naturaleza del mito, término que una vez transportado al campo del arte y la creación, ya "no expresa", sino que es lo divino, lo verdadero metafísico.

A esto se debe que *La cabaña* sea una novela para leerse entre líneas; y a esto se debe también que la serie de encuentros sexuales del personaje principal —Claudia— no sean actos eróticos aislados, sino todo un preámbulo para enfrentarnos a su estado conflictivo: la lucha contra el tiempo, intentos por redimir el pasado y poseer el futuro. De este modo, las relaciones sexuales de Claudia se suceden una a otra, sin más fundamento que el de dejarse llevar por las circunstancias, buscando ya sea mediante el sacrificio, la condescendencia o la inercia, el acercamiento hacia "su propia realidad". Pero dicho acercamiento es imposible encontrarlo en meros accidentes —un olor particular, una calumnia, una entrega homosexual— las cuales sólo acentúan la presencia de un pasado que se hace cada vez mas denso. Para afirmarse en su realidad, Claudia necesita buscar un hombre capaz de borrar su vida anterior para hallarse al fin "sólo con su presencia y su presente.".

De aquí se levanta el clímax de la novela. Al aparecer el hombre adecuado para situar a Claudia en su verdadero ámbito, nace una nueva forma de unión que la lleva a conocer el amor pleno, que la hace sentir que por fin pertenece a alguien y que ese alguien le pertenece a ella. Sin embargo, Claudia pierde pronto a esa persona; y de su desaparición física surge una idea que ha apasionado a García Ponce tanto a nivel de ensayo como de ficción: la ausencia y la presencia. Pero si en el ensayo[1] nos situaba ante conceptos fríos y objetivos, en la novela hace de esta paradoja una recreación literaria que linda con lo metafísico. En esa imagen radica el verdadero nódulo de la obra: en la posibilidad de crear en la protagonista esa lucha interna, ese debatir que implica que si la realidad niega la presencia, Claudia es capaz de refugiarse en el ambiente creado con anteriodidad y hacer de la ausencia una presencia.

[1] Juan García Ponce: *Desconsideraciones* ("De la ausencia"), Editorial Joaquín Mortiz, México, 1968, p. 9.

mario benedetti: grietas

La verdad es que no
grietas
no faltan

así al pasar recuerdo
las que separan a zurdos y diestros
a pequineses y moscovitas
a présbites y miopes
a gendarmes y prostitutas
a optimistas y abstemios
a sacerdotes y aduaneros
a exorcistas y maricones
a baratos e insobornables
a hijos pródigos y detectives
a Borges y Sábato
a mayúsculas y minúsculas
a pirotécnicos y bomberos
a mujeres y feministas
a aquarianos y taurinos
a profilácticos y revolucionarios
a vírgenes e impotentes
a agnósticos y monaguillos
a inmortales y suicidas
a franceses y no franceses

a corto o a larguísimo plazo
todas son sin embargo
remediables

hay una sola grieta
decididamente profunda
y es la que media entre la maravilla del hombre
y los desmaravilladores

aun es posible saltar de uno a otro borde
pero cuidado
aquí estamos todos
ustedes y nosotros
para ahondarla

señoras y señores
a elegir
a elegir de qué lado
ponen el pie.

La integración de esta idea a la novela no se realiza de una manera sencilla. García Ponce necesita aprovechar toda su destreza en el oficio de escritor para mostrar la importancia que tienen, dentro de la trama, tanto los personajes como los elementos donde se desarrolla la novela. Así, percibimos cómo la cabaña y el paisaje tienen vida propia, porque son los símbolos que llevan a Claudia a formar su propio mito. Mediante él, objetos y escenario adquieren un sentido relevante, ya que fueron alterados por sucesos fundamentales. De los símbolos nace el mito y de éste se sirven ambos, protagonistas y escritor, para alcanzar sus fines

De aquí que tanto el bosque como la cabaña abandonen su sentido neutro e inanimado. El autor, a través de la protagonista, es capaz de reconocer ese algo que no sólo se acerca a la realidad de Claudia sino que es parte de ella misma. Una vez creado el mito mediante los símbolos, reaparecerá el medio de comunicación. La cabaña recupera para Claudia la imagen de su esposo, ya que mantiene viva la esencia del ser amado. La cabaña contiene todavía el halo nacido de su experiencia amorosa. La cabaña es el único medio posible para el reencuentro con lo ausente.

Desgraciadamente, García Ponce creó para el final un desenlace que, aunque logra la idea deseada por él —la vuelta a la unión entre Claudia y su marido mediante los símbolos creados por ella— también deja entrever al lector que la protagonista no experimentó un cambio de actitud ante la vida; esto es, que tras una larga preparación y presentación del problema, después del climax, la novela decae porque su final implica una contradicción: para que Claudia sea capaz (mediante la paradoja ausencia-presencia) de reafirmarse en su amor, vuelve a la misma búsqueda del principio, es decir, al encuentro erótico irracional. La novela pudo mostrarnos de alguna manera que en la encarnación del mito la protagonista había superado la experiencia puramente sensual por la experiencia madura y completa: el reconocimiento profundo del amor. Porque lo que proporcionó el aspecto revelador al amor de Claudia —la configuración del mito— fue precisamente esa convergencia entre razón y emoción en un sólo punto. Esto, aunado a algunas repeticiones de conceptos y a cierto tipo de puntuación que en momentos dificulta la lectura, es lo que le resta valor a la novela.

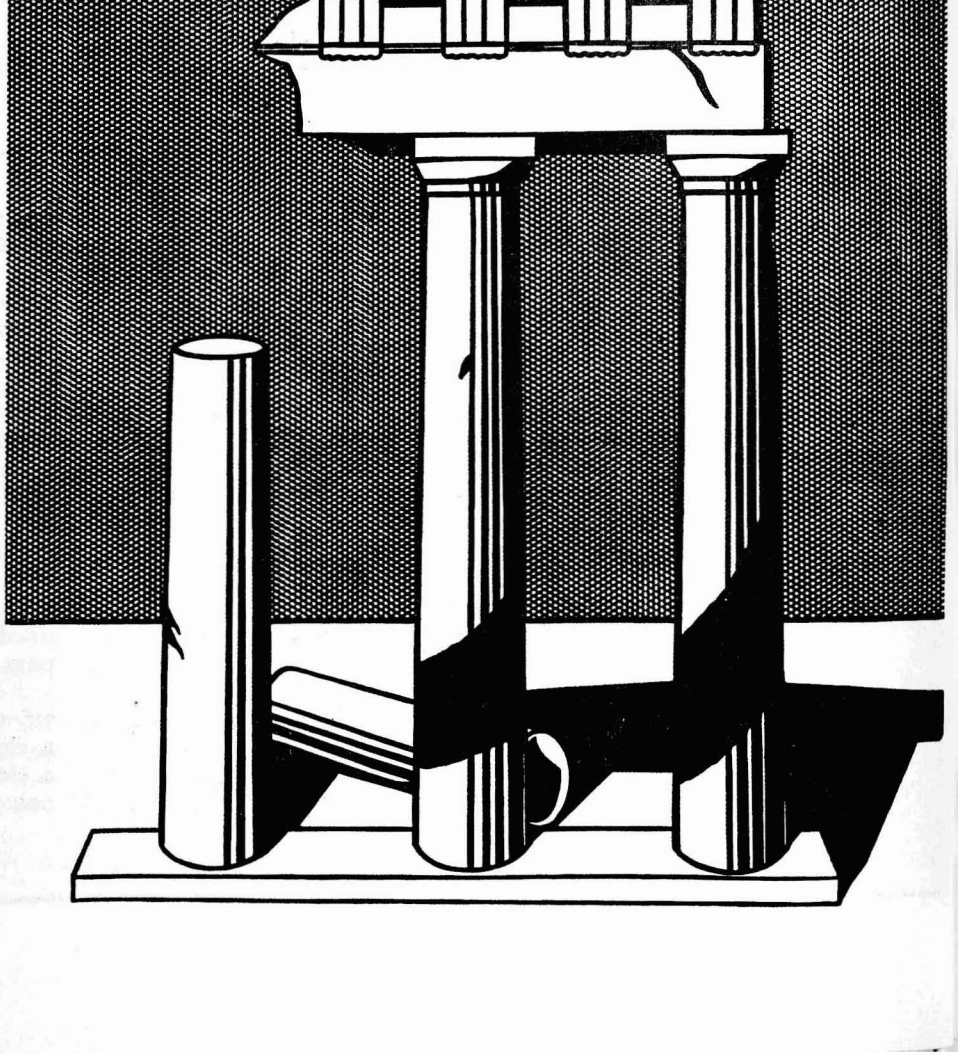
Por lo demás, es importante hacer notar que en su aspecto estructural, la novela va perfectamente de acuerdo con sus necesidades, ya que está narrada en tercera persona (sin duda la más acertada para este caso) y con una carencia absoluta de diálogos. Cabe señalar también el mérito del autor al sostener un ritmo lento y difícil a través de toda la obra.

Juan García Ponce: *La cabaña*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1969, 199 pp.

literatura japonesa

Por Luis Adolfo Domínguez

Como si se tratara de una literatura latinoamericana, y en su caso con muchas razones que lo justifican, la literatura japonesa es desconocida en México. Por ello, la publicación de una obra que se centra en ese tema viene a ser un hecho insólito, que de inmediato capta el interés de un público lector ávido de ensanchamientos culturales, más que de profundizaciones eruditas.

Donald Keene es el autor de *La literatura japonesa entre oriente y occidente*, que acaba de publicar El Colegio de México, y el origen del libro se halla en una serie de conferencias dadas por el especialista hace un par de años. Lo original del volumen, cuya extensión elimina toda posibilidad de agotar el tema, escriba en la fluidez con que se tratan los asuntos, y la variedad de ellos, que consiguen transmitir una idea bastante amplia del fenómeno literario japonés de todos los tiempos.

La simbología oriental y su peculiar forma expresiva, así como la riqueza de sus metáforas, son cosas que dificultan normalmente el acercamiento espontáneo del lector occidental. Suprimido todo esto por Keene, que hace referencia a ciertas notas características de tiempos y géneros literarios, resulta interesante encontrar el viejo drama de Fedra, la del *Hipólito* de Eurípides, tratado por los autores japoneses con mucha mayor ecuanimidad que la del exaltado griego, ya que la posibilidad de un incesto entre la segunda esposa y el entenado no parece tener nada de reprochable a los ojos del escritor nipón, y en las sucesivas versiones que se le dieron al tema, la amoralidad de la situación se va comprendiendo, pero sin provocar nunca las drásticas soluciones del trágico heleno.